

Artículos

Desesperados

*Lo que la esperanza aún puede
transformar aquí y ahora*

José Álvaro Martín

aula7activa

Edita:

AULA7ACTIVA-AEGUAE

Barcelona, España

E-mail: info@aula7activa.org / info@aeguae.org

Web site: www.aula7activa.org / www.aeguae.org

Primera edición en español, 2020

Es propiedad de:

- © CC BY-NC-ND 2020, José Álvaro Martín
- © CC BY-NC-ND 2020, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo.

Todos los derechos reservados al autor y los editores.

- ⓘ BY: La reproducción total o parcial de esta publicación requiere la atribución de la obra a su autor y editores.
- Ⓢ NC: La obra no puede ser utilizada con fines comerciales.
- Ⓝ ND: No se permite modificar de forma alguna la obra, es decir, los archivos informáticos de la obra no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

Aula7activa no se hace responsable de las opiniones expresadas en esta obra.
El texto publicado expresa exclusivamente la opinión de su autor.

Desesperados

Lo que la esperanza aún puede transformar aquí y ahora

La inacción de los grandes estados contaminantes ante el calentamiento global, ha extendido el desánimo de forma generalizada. Pero ¿qué puede aportar una esperanza como la cristiana que no sólo anticipa una erradicación del mal al final de la historia, sino que nos invita a plantarle cara cada segundo de nuestra vida?

Negro. El momento que estamos a punto de estrenar no puede ser peor. Los expertos hablan de hundimiento: el cambio climático **colapsa** ya nuestra civilización industrial,¹ y **no nos ponemos de acuerdo** para acabar con esta hemorragia de crímenes medioambientales. ¿Tendría sentido seguir recopilando datos, para convencer a los negacionistas de este asfixiamiento global? No. Los cataclismos van a dinamitarnos por completo (subidas en el nivel del mar, incendios, huracanes, sequías, desplazamientos masivos de población, guerras, epidemias, hambrunas) y sólo cabe plantear cómo sobrevivir. Porque todo está relacionado. Tenemos un sistema económico que promueve una continua taquicardia consumista basada en sistemas productivos (alimentados por energías altamente contaminantes) que resquebrajan el planeta, ahondan las desigualdades, temporalizan el trabajo y extienden el odio hacia quien viene de fuera.² Pensadores como el protestante **Jacques Ellul (1912-1994)** empezaron

¹ Pablo Servigne y Raphaël Stevens, son creadores del término 'colapsología', en el libro titulado *Comment tout peut s'effondre. Petit manuel de collapsologie à l'usage des générations présentes* [Cómo todo puede colapsarse. Pequeño manual para uso de las generaciones actuales], Paris: Seuil, 2015.

Continuado por *Une autre fin du monde est possible. Vivre l'effondrement et pas seulement y survivre* [Otro fin del mundo es posible. Vivir el derrumbe y no solamente sobrevivir a él], Paris: Seuil, 2018.

Si, Hans Jonas (1903-1993) con *el principio responsabilidad* nos impulsa a pensar en las consecuencias de nuestras acciones para el futuro, los autores anteriores hablan de una catástrofe que nos afecta ya desde la actualidad más inmediata.

²Ver, por ejemplo, KLEIN, Naomi: *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, Barcelona: Booket, 2019; RIFKIN, Jeremy: *El green new deal global. Por qué la civilización de los combustibles fósiles colapsará en torno a 2028 y el audaz plan económico para salvar la vida en la tierra*, Barcelona: Paidós, 2019; WALLACE-WELLS: David: *El planeta inhóspito. La vida después del calentamiento*, Barcelona: Debate, 2019; HAN: Byung-Chul: *La expulsión de lo distinto*, Barcelona: Herder, 2017; CORTINA, Adela: *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*, Barcelona: Paidós, 2017, o ECO: Umberto: *Migración e intolerancia*, Barcelona: Lumen, 2019.

a comprender la cuestión hace más de setenta años y utilizaron el término «*decrecimiento*» para referirse a la necesidad de interrumpir este desarrollo asesino.³

Pero ¿qué puede aportar **la esperanza cristiana** en este contexto desesperanzado? Quizá también los creyentes **han perdido su confianza**: no habrá ningún futuro nuevo. Quien mejor encarna esta actitud, es **Albert Schweitzer (1875-1965)**, médico y teólogo alemán. Leyendo Mateo 24:34, descubre cómo Jesús habla sobre aquello que ocurrirá al final de la historia. Y añade «*no pasará esta generación, sin que todo esto suceda.*» Tras más de 2000 años, sólo podemos concluir que Jesús se equivocó. En aquel momento, Schweitzer desconocía cómo los textos del Qumram hacen equivaler la expresión «esta generación» a «este tipo de persona». Cristo no está aludiendo a la edad de su auditorio, sino a algunos comportamientos humanos que se repiten a lo largo del tiempo histórico. Tras perder su esperanza, Schweitzer pasa a dejarse la piel en África, trabajando como médico-misionero entre quienes más lo necesitan.

Desde la Filosofía, **Friedrich Nietzsche (1844-1900)** también nos invita a aceptar lo existente con alegría (placeres o dolores, soledades o plenitudes, enfermedades o curaciones), porque sólo vivimos esta vida. No cabe engañarse con futuros mejores, ya que únicamente disponemos de esto. Ser fieles a la tierra supone disfrutar de lo que hay, sin desear otras realidades ilusorias. Llegando, incluso a asumir, que todo lo bueno y malo, puedan repetirse indefinidamente (eterno retorno). Sin nada más.

Por su parte, **Karl Marx (1818-1883)** limita la posibilidad de cambiar el mundo a erradicar la injusticia económica. Males como la enfermedad o el sinsentido presente en la muerte, quedan fuera de su voluntad transformadora.

Finalmente, la **postmodernidad** es también una renuncia a toda esperanza de futuros mejores. El chasco producido tras el fracaso de los sueños ilustrados (construir una sociedad más igualitaria, solidaria o libre, usando la razón)⁴ no permite otra cosa que disfrutar del instante cultivando experiencias emocionalmente gratificantes.

Pero, volviendo al cristianismo, los que también han **destruido la esperanza** son quienes la han **falseado**. Fijando fechas engañosas para determinar el anhelado final

³ ELLUL: Jacques: *La edad de la técnica*, Barcelona: Octaedro, 2003; LATOUCHE, Serge y HARPAGES, Didier: *La hora del decrecimiento*, Barcelona: Octaedro, 2011.

⁴ Jean-François Lyotard (1924-1998) entiende que los postmodernos no pueden ya creer el relato cristiano de la redención por la falta de Adán. Pero tampoco creer en la promesa ilustrada de conseguir un mundo más igualitario, difundiendo el conocimiento. Tampoco el relato marxista que anticipa una liberación de las injusticias sociales o la propuesta capitalista de avanzar gracias a la tecnología (LYOTARD, Jean-François: *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona: Gedisa, 1987, p. 36).

Para Moltmann el Prometeo moderno que se enfrenta a los dioses para robarles el fuego se ha convertido en un Sísifo que realiza enormes esfuerzos condenados, por entero, al fracaso (vid. MOLTSMANN, Jürgen: *Teología de la esperanza*, Salamanca: Sígueme, 1989 -5ª ed.-, pp. 30-31).

de la historia; interpretando, sin rigor, los acontecimientos más cotidianos; o convirtiendo esa interrupción final del tiempo en algo inobservable (parecido a un rapto secreto). Quien mejor encarna esa impaciencia, esa incapacidad para esperar, es **Judas**, el discípulo de Jesús. Su traición al Maestro pretende obligarle a mostrar su poder, a revelarse como auténtico Mesías. Aunque parte de una intención correcta, desconoce la paciencia de la espera. El apóstol Santiago invita, por el contrario, a: Esperar «*pacientemente la venida del Señor como espera el labrador el fruto de la tierra.*»⁵

Finalmente, cabe también **recuperar la esperanza**. En filosofía autores como **Immanuel Kant (1724-1804)** reconocen una tendencia en el hombre a autodestruirse, pero mantienen la esperanza razonable de que ese mal no acabe triunfando en la historia. **Walter Benjamin (1892-1940)**, sigue una línea similar, aspirando a que la injusticia infringida a víctimas inocentes, no tenga la última palabra. Por su parte, **Theodor Adorno (1906-1969)** y **Max Horkheimer (1895-1973)** describen nuestra civilización técnica como obcecada por ser muy eficaz, pero incapaz de respetar determinados valores morales que permitan un desarrollo más humano. La solución puede pasar por abrirse a una Trascendencia que interrumpa esa historia plagada de sufrimiento y miseria, para repararla, haciendo justicia (se trataría, pues, de transformar tanto lo pasado, como el presente).

Por último, **Ernst Bloch (1885-1977)**, siendo un pensador materialista, encuentra en las religiones judía y cristiana una fuerza explosiva que invita a la esperanza, a no resignarse ante lo existente: «Donde hay religión hay también esperanza.»⁶ La filosofía tradicional sólo busca entender lo que ya ha sido (pasado) o lo existente actualmente. Olvida la posibilidad de cambio, lo nuevo que, desde el futuro, puede orientar las transformaciones actuales. Tanto el ser humano como las cosas pueden variar, no son inamovibles sino dinámicas, están en proceso, abiertas a múltiples posibilidades. Todo puede mejorar o convertirse en algo nuevo. Es lo que llama el «principio esperanza»⁷.

Volviendo al cristianismo, son varios los teólogos decisivos que, durante el siglo XX, apuestan por aceptar un futuro distinto. Este es el caso de **Oscar Cullmann (1902-1999)**, con su libro titulado *Cristo y el tiempo*.⁸ Lo hecho por Jesús en la historia real, anticipa aquello que ocurrirá al final de la misma. Sus acciones comprobadas,

⁵ Santiago 5: 7

El análisis sobre la impaciencia de Judas corresponde a Sören Kierkegaard (1813-1855). Vid. DIEUDONNÉ, Manuel: *Le temps presse. Lecture philosophique de Saint Paul*, Paris: Hermann, 2016, pp. 152 y ss.

⁶ BLOCH, Ernst: *Ateísmo en el cristianismo. La religión del éxodo y del Reino*, Madrid: Taurus, 1983, p. 16.

⁷ BLOCH, Ernst: *El principio esperanza [1], [2] y [3]*, Madrid: Trotta, 2007.

⁸ CULLMANN, Oscar: *Cristo y el tiempo*, Madrid: Cristiandad, 2008.

garantizan un futuro nuevo. Cristo ha ganado la batalla decisiva. Aunque la guerra continúe, el enemigo ya ha resultado vencido.

Por su parte, **Wolfhart Pannenberg (1928-2014)** en *La revelación como historia*⁹ subraya el hecho de que Dios se comunica con el ser humano actuando en el tiempo real. La prueba más contundente, desde esa perspectiva, es la existencia terrestre de Jesús. Sus acciones anticipan un sentido que sólo podrá comprenderse cuando todo concluya. Del mismo modo que únicamente puede captarse el argumento de una película si se la contempla hasta su finalización, el devenir humano resulta significativo, exclusivamente, a partir de su conclusión.¹⁰

Pero ¿y si el mundo fuera eterno? Ante esta cuestión **Johan Baptist Metz (1928-2019)** nos recuerda cómo nuestra experiencia vital es temporal y acaba con la muerte.¹¹ También los recursos del planeta son limitados (como muestra la actual crisis ecológica). Por todo ello puede decirse que, experimentamos una realidad no basada en un intemporal infinito, sino en tiempos y recursos que se agotan.

⁹ VVAA: *La revelación como historia*, Salamanca: Sígueme, 1977.

¹⁰ Siguiendo a **Erik H. Erikson (1902-1994)**, Pannenberg subraya que vivimos confiando (vid. PANNENBERG, Wolfhart: *Antropología en perspectiva teológica*, Sígueme, Salamanca, 1993). Inicialmente lo hacemos en nuestra madre (que nos alimenta, acaricia y calma todo miedo). Gracias a ella comprendemos que nuestras necesidades se pueden satisfacer, y las dificultades superar. Más tarde, confiamos en que «*Bla, bla, car*» va a llevarnos, sin problemas, a destino; nuestra pareja va a seguir queriéndonos pasado mañana; y los alimentos del supermercado no van a envenenarnos. Porque la esperanza es una forma de confianza: «*La fe es garantía de las cosas que esperamos y certeza de las realidades que no vemos*» (Hebreos 11: 1). Es la experiencia de Abraham, «*creyó contra toda esperanza.*» (Romanos 4: 18) o de Pablo en la cárcel, «*sé en quien he puesto mi confianza.*» (2ª Timoteo 1:12). Lo plantea con claridad Hans Küng: o aceptamos resignadamente los problemas implicados en el vivir (la nada, el absurdo: «*la realidad carece de fundamento, soporte y meta primordiales*») o los enfrentamos sabiendo que vale la pena hacerlo, pues no son inamovibles (encontrando, «*valor dentro de la futilidad y un sentido dentro de todo el sinsentido... [es decir], una radical certidumbre, una última seguridad y una inamovible consistencia.*» (KÜNG, Hans: *¿Existe Dios?*, Madrid: Cristiandad, 1979, p. 779).

¹¹ Para Metz, después de Auschwitz, no todo es imputable a Dios: «*De ahí que la pregunta teológica... no sólo plantee: ¿dónde estaba Dios en Auschwitz?, sino también: ¿dónde estaba el ser humano en Auschwitz?... ¿Cómo se puede creer en el ser humano o incluso -¡qué gran palabra!- en la humanidad, cuando uno tuvo que ser testigo... de todo lo que el 'ser humano' es capaz?*» (METZ, Johann Baptist: *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Santander: Sal Terrae, 2007, p. 19). Además, para responderla, el pueblo de Israel no busca falsos consuelos enfrentando ese sufrimiento mediante relatos míticos o fantasiosos. «*Israel renunció en su ser más íntimo a todo discurso mítico o idealista [para compensar o] elevarse por encima de los propios miedos, de la condición de extranjero en el exilio y de las historias de sufrimiento que repetidamente le sobrevinieron.*» (*Ibid.*, pp. 22, 23). Además de no buscar esos consuelos fáciles en los mitos, los israelitas creen que la solución ante el mal tiene que aparecer en el tiempo real de la historia humana (y no entiende esa historia como evolución indefinida, donde el progreso permite que el futuro mejore lo existente en la actualidad... (METZ, Johann Baptist: *Por una cultura de la memoria*, Barcelona: Anthropos, 1999, p. 167). Los israelitas creen, así, que dejar pasar el tiempo, no mejora las cosas, sino que las empeora. Por eso, Dios se compromete a interrumpir el curso catastrófico de los acontecimientos. La pobreza, la muerte, las guerras, no se solucionan esperando que el progreso traiga algo mejor, sino deteniendo ese desastre. Únicamente desde esta concepción, se toman en serio los problemas. (*Ibid.*, p. 169).

Por su parte **Jürgen Moltmann (1926)**, partiendo también de lo realizado por Jesús en nuestra realidad (muerte y resurrección), nos recuerda que no debemos hacer equivaler nuestro fallecimiento personal con el fin de la historia, como sugiere **Karl Barth** (1886-1968). Creemos en un Dios que ha prometido realizar «cielos nuevos y tierra nueva» (2ª de Pedro 3: 13). No se trata, pues, de una novedad que afecta únicamente al individuo concreto, sino a la naturaleza global del planeta¹².

Finalmente, el teólogo adventista **Richard Lehmann (1940)** analiza las parábolas de Jesús, configurando una **«Teología del Retraso»**.¹³ En la narración de *Las Diez vírgenes*, el novio tarda en llegar al banquete nupcial (Mateo 25: 1-15); lo mismo sucede con el amo del *Mayordomo infiel* (Mateo 24: 45-51); o con el propietario en la *Parábola de los Talentos* (Mateo 25:14). Y es que la espera nos regala un tiempo con el que no contábamos,¹⁴ que no puede convertirse en tiempo perdido. El retraso no debe llevarnos a la inacción, la acomodación, la impaciencia o el olvido de nuestra realidad.¹⁵ Estamos ante un marco que ofrece nuevas posibilidades. La Segunda Carta de Pedro (3:4 y sig.) reflexiona sobre esta dilación. El versículo 18 contiene una sugerencia: dedicar la espera a seguir **conociendo mejor a Jesús y a crecer en su amor**. *«El cielo empieza aquí... [y] consiste en un incesante acercarse a Dios mediante Cristo... Muchos que profesan ser sus seguidores tienen un corazón ansioso y angustiado porque temen confiarse a Dios... Cuando nuestra voluntad esté absorbida en Su voluntad... y usemos sus dones para bendecir a otros, hallaremos liviana la carga de la vida.»*¹⁶

La espera no nos evade de la realidad. Más bien nos permite alcanzar un compromiso solidario con los demás y con la naturaleza.¹⁷ Olvidarlo equivale a desperdiciar las oportunidades que ese tiempo extra nos facilita. Porque esperar es actuar en la dirección de lo esperado.

¹² MOLTSMANN, Jürgen: *Dios en la creación. Doctrina ecológica de la creación*, Salamanca: Sígueme, 1987 (con un capítulo dedicado al Sábado [pp. 287 y sig.]. El descanso, en ese día, nos ayuda a dejar de transformar la naturaleza y evita utilizarla desde los intereses depredadores del trabajo). Su primera publicación sobre el tema es: *El futuro de la creación*, Salamanca: Sígueme, 1979). Por ello la reflexión ecológica de Moltmann resulta muy anterior temporalmente, a la *Carta encíclica Laudatio sí'*. Sobre el cuidado de la casa común editada por el papa Francisco en 2015, quien también aborda el papel del sábado a partir del fragmento nº 70.

¹³ LEHMANN, Richard: *Eléments d'une théologie du retard*, en *Prophétie et eschatologie*, Collonges sous Salève: Séminaire adventiste du Salève, 1982, pp. 65-88.

¹⁴ KÖHLER, Andrea: *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*, Barcelona: Libros del asteroide, 2018. Esperando la llamada de quien amamos, esperando en la consulta del médico o esperando la llegada a nuestro destino (durante un viaje), se nos abren nuevas posibilidades como la de reflexionar sobre la vida. Esto no sucedería si sólo encadenáramos actividades desenfrenadas.

¹⁵ «No te pido que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.» (Juan 17:15).

¹⁶ WHITE, Ellen G: *El Deseado de todas las gentes*, Madrid: Safeliz, 2016, p. 198.

¹⁷ Quien mejor lo ha explicado, entre nosotros, es el profesor ÁLVAREZ, Josep A.: *El clamor de la creación*, Barcelona: AEGUAE, 2019.

http://aula7activa.org/edu/libros/documentos/el_clamor_de_la_creacion.pdf

Cuando el psicólogo **Viktor Frankl (1905-1997)** estudió las claves que permitieron a los prisioneros sobrevivir en los campos de concentración, no pudo eludir el papel de la esperanza. Sólo enfrentaron toda aquella miseria, consiguiendo que no les destruyera, quienes confiaron en que esa podredumbre degradante, no iba a resultar definitiva.¹⁸ Y es que la esperanza no es un optimismo bobalicón que comparten algunos ingenuos, ni una confianza poco meditada en la mejora espontánea del mundo. Estamos ante lo que mueve efectivamente a rebelarse contra el fatalismo de los hechos, porque impulsa a cuestionarlos, a no rendirse, a comprender que es posible cambiarlos.

Como subraya continuamente Moltmann, Dios no comparte nuestros sufrimientos en Jesús («*ha experimentado todas nuestras penurias.*» (Hebreos 4: 15), para ayudarnos a aceptarlos, sino para que **les plantemos cara**, para combatirlos, para enfrentarlos sabiendo que no han de resultar definitivos («*Puedo salir airoso de todas mis dificultades, porque Cristo me da las fuerzas.*» (Filipenses 4: 13).

Dios no sólo se compromete a erradicar todo sufrimiento al final de la historia: «*He aquí yo hago nuevas todas las cosas.*» (Apocalipsis 21:5), sino que, como señala **Paul Ricoeur (1913-2005)**, **lo combate desde el Génesis** (promoviendo una solución al mal uso de la originaria libertad humana)¹⁹; emancipando a **Israel** de todas sus esclavitudes, «*nuestro Dios no nos desamparó en nuestra servidumbre, sino que inclinó sobre nosotros su misericordia.*» (Esdras 9:9)²⁰ plantándole cara, también y sin desmayo, gracias a **Jesús** e invitándonos a ser copartícipes de esa insumisión, durante cada instante de nuestra vida; «*Todo colabora al bien de quienes aman a Dios... [porque]... Si Él está a nuestro favor ¿quién podrá estar en contra?*» (Romanos 8: 28, 31).

¹⁸ FRANKL, Viktor: *El hombre en busca de sentido*, Barcelona: Herder, 2015; PEREYRA, Mario: *Psicología de la esperanza, con aplicaciones a la práctica clínica*, Libertador San Martín: Psicoteca, 1997.

¹⁹ El hombre es la causa del mal, pero «*por encima de su llegar-a-ser-pecador... hay un haber-sido-creado... Esta narración trata menos... del origen del mal que de su supresión escatológica... enfatiza la salvación y el perdón siempre posibles... [Cristo] incluye en la vida de Dios la figura del Siervo sufriente [encarnada por Job, que padece un dolor incomprensible], la pena y lo negativo forman parte de Dios.*» (RICOEUR, Paul op. cit. por GRONDIN, Jean: *Paul Ricoeur*, Barcelona: Herder, 2019, pp. 73-76).

²⁰ Siguiendo a Abraham Joshua Heschel, los profetas del Antiguo Testamento, subrayan cómo Yavé experimenta los sufrimientos que su pueblo padece en la historia y aspira a liberarlos (*vid.*, MOLTSMANN, Jürgen: *El Dios crucificado. La cruz de Cristo como base y crítica de la teología cristiana*, Salamanca: Sígueme, 2010 -3ª Ed.-, pp. 313 y ss.). Además, como sostiene el sociólogo Max Weber (1864-1920), la religión de Israel está siempre ligada a promesas de futuro: «*fue sólo la fuerza y el auge de la profecía lo que hizo de Israel hasta ese grado tan singular un pueblo de «esperanza» y de «perseverancia» (Gén. 49, 18).*» (WEBER, Max: *Ensayos sobre sociología de la religión*, t. III, Madrid: Taurus, 1988, p. 263). Ver también COHEN, Hermann: *La religión de la razón desde las fuentes del judaísmo*, Barcelona: Anthropos, 2004, p. 228; MOLTSMANN, Jürgen: *Teología de la esperanza*, pp. 124 y ss.).

Parafraseando a **Roberto Badenas (1943)**, los adventistas nos hemos ocupado exclusivamente de la **crisis final**, olvidando la **crisis actual**.²¹ Nuestro interés se ha centrado obsesivamente en la erradicación definitiva del mal, pero hemos olvidado el componente de **espera**, tan repetidamente subrayado por las parábolas. Convirtiendo el retraso en un tiempo prescindible, hemos obviado las posibilidades que nos deja abiertas. Y es que gracias a esa dilación, podemos evitar varios errores.

El primero consistiría en **abandonar nuestra esperanza**. Como la solución final está en manos de Dios, y Él se tarda en aplicarla o, simplemente no actúa, nosotros dejamos de creer en ella... Ganamos coherencia, pero el sufrimiento, la soledad, la injusticia o la muerte, siguen ahí...

El segundo consistiría en **anticipar falsamente su retorno**. También redundaría en una pérdida de esperanza, pues al transcurrir las fechas anunciadas, sin que ese acontecimiento final ocurra, queda descubierto el engaño.

Finalmente, nuestra esperanza también puede llevarnos a **huir de la realidad**. Como se trata de una iniciativa divina que ocurrirá en un futuro más o menos cercano, pero que nunca acaba de llegar, nos limitamos a esperar pasivamente. Nos instalamos, así, en una ilusoria irresponsabilidad ante el escándalo del mal. Es como si la opresión del sufrimiento no fuera con nosotros. Olvidamos su gravedad. *Como todo va a acabar..., ¿qué más da?*

Pero también resulta posible, con **Andrea Köhler (1957)**²², entender esa espera como un regalo. Porque, gracias a ella, podemos asimilar que nuestra forma esperanzada de entender la historia (**el mal no va a acabar teniendo la última palabra**) debe empaparnos de un compromiso actual con lo existente. Nada, pues, de vivir pasivamente, recurriendo a soluciones mágicas que sólo nos evaden más y más. El primer ángel de Apocalipsis 14: 6, se dirige a una humanidad real, que existe en un mundo real, para trasladarle una buena noticia real: **el desgarró que sufrimos no tiene por qué ser definitivo**. Nos anuncia un evangelio eterno que propone soluciones para nuestro mal uso de la libertad, pero también para nuestra meticulosa forma de destruirnos al convivir, o para el maloliente estiércol con el que hemos descuartizado el planeta. Parafraseando una frase de Jacques Ellul, «piensa global, actúa local», el Apocalipsis nos propone algo que podríamos formular así: «espera un final, para no rendirte en la situación actual». Si el ángel nos invita a transmitir esta actitud insumisa, lo presente está inseparablemente unido a lo todavía ausente, *«Porque ya estamos*

²¹ Aborda cuestiones afines en la entrevista titulada *Y tú qué crees: «¿Vale la pena esperar la Segunda Venida?»*, Aula 7 nº 19 Nueva Época, Barcelona: Aula7activa, Diciembre 2006, pp.28-32. (http://aula7activa.org/edu/revistas/documentos/aula7_n19.pdf)

²² KÖHLER, Andrea: *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*, Barcelona: Libros del asteroide, 2018. Ver nota 14.

liberados, aunque sólo en esperanza.» (Romanos 8:24). «El que espera en Cristo no puede conformarse ya con la realidad dada, sino que comienza a sufrir a causa de ella, a contradecirla... el que así espera no podrá conformarse jamás con las leyes y los sucesos inevitables de esta tierra, ni con la fatalidad de la muerte, ni con el mal que engendra constantemente otros males...»²³

Esta espera comprometida también puede ayudarnos a captar que todos nuestros logros al transformar la realidad, serán siempre **provisionales**. Jesús consideró oportuno sanar y devolver la vida a muchas personas, aún sabiendo que, más tarde, volverían a enfermar o a morir. La esperanza nos moviliza, y evita que desesperemos, al comprobar la provisionalidad de todos nuestros resultados.²⁴

Olvidar esto último, nos condenaría al **desánimo** e ignorar lo sugerido con anterioridad nos **evadiría**, practicando la ilusoria **solución del avestruz**. Pero, combatir, sin desesperar, los escalofriantes destrozos que nos toca hoy enfrentar, podría ser la única forma de rebelarnos ante estos tiempos irrespirables, en los que cada día se difunde una más profunda y asfixiante desesperanza.

²³ MOLTSMANN, Jürgen: *Teología de la esperanza*, Salamanca: Sígueme, 1989 (5ª ed.), pp. 23-27.

²⁴ Ernst Bloch subraya que aunque pueda construirse una sociedad sin injusticias sociales, siempre permanecerá la muerte, con su sinsentido: «Allí donde la sociedad le quita al hombre las preocupaciones económicas, sociales y políticas... aparecen... "más fuertes que nunca, las auténticas preocupaciones, la cuestión de aquello que realmente no concuerda en la vida"... pues la nada no está todavía devorada en el ser.» (MOLTSMANN, Jürgen: *Teología de la esperanza*, p. 451).

Para Adorno y Horkheimer los ideales ilustrados del siglo XVIII, han producido avances y retrocesos (una dialéctica o lucha de opuestos). Pero retomando la ley bíblica del éxodo, no podemos considerar como absoluto ninguno de nuestros logros históricos: «Adorno se mantiene en la más pura tradición bíblica de la "prohibición de imágenes"... [traducida aquí en]... la negativa a identificar el bien absoluto con un proyecto político o una nación.» (TAMAYO, Juan José: *Invitación a la utopía. Estudio histórico para tiempos de crisis*, Madrid: Trotta, 2012, p. 175). Especialmente puede verse el capítulo dedicado a la Biblia, como fuente de utopías.